cendimos un fósforo, é hicimos un gran fuego. Se comprende qué bien nos vendria, con decir que salimos de Catania.

Encendido el fuego, nuestro guia nos prosueño. Suplimos el sueño con algunos vasos de ron, y recordando á nuestros amigos de Paris, que en aquel momento estarian tomando su té, sin imaginarse siquiera que nosotros. corriamos la caravana por los bosques del Etna. Esto duró hasta las doce y media, hora en que nuestro guia nos dijo si queriamos montar en las mulas.

Durante nuestro descanso, el cielo se habia hermoseado con la luna en creciente, que por el paso de nuestras mulas cuando pasaguir ningun detalle.

Sin embargo, á medida que subiamos, el mo como para conservar el calor, avanzaba dió y me levantó. silenciosamente. Yo iba el primero, y si no podia ver el terreno sobre que marchábamos, distinguia perfectamente à nuestra derecha rampas gigantescas y picos inmensos que se alzaban como gigantes, y cuyos negros perfines tomaban aspectos mas estraños y fantáslos titanes; trepábamos por Pelion sobrepuesto dos de la mañana. á Ossa.

tuoso; veia y sentia la poesía de aquel noctur- nos hallamos sobre una bajada suavemente no viage, y sin embargo, tenia tal frio, que no inclinada, por donde atravesábamos de en tenia ánimo para dirigirle la palabra á Jadin y cuando en cuando grandes sábanas de nieve preguntarle si todas aquellas visiones no eran en las que me hundia hasta las rodillas y que

cia otro abrigo que sus cuatro paredes. Feliz- I rimentaba, y si no soñaba. De cuando en cuanmente nuestro guia se habia provisto de una do ruidos estraños, desconocidos, que no se hacha pequeña: nos trajo un haz de leña, en- parecian á ninguno de esos ruidos que está uno acostumbrado à oir, salian de las entrañas de la tierra, que parecia entonces gemir y doque un termómetro de bolsillo que llevábamos lerse como un ser animado. Aquellos ruidos habia descendido ya diez y ocho grados desde tenian algo de maravilloso, de lúgubre y de solemne que hacia estremecer. Muchas veces al oir aquellos ruidos, nuestras mulas se detepuso dormir y nos dejó entregados á nosotros nian de repente, aproximaban sus narices mismos para cuidar de sus mulas. Procuramos abiertas y humeantes al suelo: despues levanseguir su consejo, pero estábamos despiertos taban la cabeza relinchando tristemente como como ardillas, y nos fué imposible conciliar el si quisiesen dar à entender que comprendian aquella gran voz de la soledad, y que no era por su voluntad por lo que venian á turbar sus misterios.

Sin embargo, continuábamos subiendo, y cada minuto que pasaba el frio era mas intenso; apenas tenia fuerza para llevar la calabaza de ron á mi boca. Por ótra parte, esta operacion, era seguida de otra todavia mas dificil, y consistia en volverla á tapar: de tal modo estaban mis manos heladas, que no temuy reducida, bastaba, sin embargo, para nia tacto, y mis pies tan pesados que me paalumbrar algo. Continuamos caminando toda- recia tener atado un yunque al estremo de via un cuarto de hora casi por en medio de cada pierna. En fin, conociendo que me alelos árboles, que iban disminuyendo de vein- targaba cadá vez mas, hice un esfuerzo sobre te en veinte pasos, y que concluyeron por mí mismo, detuve mi mula, y eché pie à tierdesaparecer del todo. Acabábamos de entrar ra. Durante esta evolución vi pasar á Jadin en la tercera region del Etna, y conociamos sobre su mula. Le pregunté si no queria hacer lo mismo que yo; pero sin responderme. ban sobre lava, cuando atravesaban sobre ce- meneó la cabeza haciendo un signo negativo, nizas, y cuando pisaban una especie de mus- y continuó su camino. Al principio me fué go, única vegetacion que llega alli. Los ojos imposible andar; me parecia que ponia los nos servian de muy poco; el suelo nos parecia pies desuudos sobre millares de espinas. Se mas ó menos colorado, y nada mas, sin que me ocurrió la idea de apoderarme de mi mupudiésemos en medio de la oscuridad distin- la, y la agarré por la cola, pero apreciaba demasiado la ventaja que la resultaba de ir desembarazada de su caballero, para que no frio era mas intenso, y á pesar de nuestros procurase conservar su independencia. Apesacos, estábamos helados. Este cambio de temnas sintió el contacto de mis manos, me dió peratura habia suspendido la conversacion, y un par de coces, una pata me alcanzó al muscada uno de nosotros, concentrado en sí mis- lo y me lanzó diez pasos atrás. Mi guia acu-

No me habia roto nada; ademas la conmocion habia restablecido algo la circulacion de la sangre; no esperimentaba casi ningun dolor, aunque por la caida se conocia perfectamente que el golpe habia sido violento. Púles se dibujaban sobre el oscuro azul del cielo. seme, pues, á andar, y me sentí mejor. Al A medida que avanzábamos, aquellas apariciocabo de cien pasos hallé á Jadin parado; me aguardaba. La mula que se le habia aproxiticos; comprendíase que la naturaleza no ha- mado sin mí y sin el guia, le habia indicado bia creado así aquellas montañas, y que una que acababa de sucederme algun accidente. prolongada lucha las habia dejado de aquel Le tranquilicé y continuamos nuestro camino, modo. Estábamos en el campo de batalla de el y el guía montados y yo a pie. Eran las

Marchamos tres cuartos de hora todavia Todo aquello era sombrío, terrible, mages- por veredas ásperas y pendientes, despues el resultado del aletargamiento que yo espe- concluyeron por cubrir todo el terreno. En

terreno sobre el que marchábamos, enviando po que perder. un aire mas helado todavía que el que habíacorriendo á mas y mejor El guia empujó una edificada al pie de el cono para el mas grande consuelo de los viageros.

Mi primer grito fué para pedir fuego; pero mente las montañas de la Calabria. este era uno de esos descos instintivos que era mas fácil tener que ver satisfecho; los últimos límites del bosque están á dos leguas de una plataforma de lava, que dividia nor largas de la casa, v en los alrededores, enteramente invadidos por la lava, por las cenizas y la nieve, no bay una yerba ni un ar- fué preciso subir por aquellas olas sólidas. busto. El guia encendió una lámpara que halló en un rincon, cerró la puerta tan herméticamente como era posible, y nos dijo que ferencia de que los agudos picos cortaban la nos calentásemos con nuestro propio calor, suela de nuestros zapatos y nos desgarrában envolviéndonos en nuestros sacos, y comienlas á la cnadra.

Como lo mejor que podíamos hacer, era salir del estado de entorpecimiento en que con la temperatura de Catania.

Nuestro guia entró, trayendo un puñado mos á la munificencia de algun inglés, nuesveces que estos dignos insulares, siempre do con un cráter nuevo. perfectamente instruidos con respecto á las na diez luises por un haz de leña.

El aspecto de aquel fuego, que debia du-

fin, aquella sombria bóveda del cielo comen- por lo menos, y que si queriamos llegar á lo zó á palidecer, un debil crepúsculo iluminó el alto del cono á la salida del sol, no habia tiem-

Salimos de la Casa Inglesa. Se empezaban mos respirado hasta entonces. A aquella luz á distinguir los objetos; alrededor de nosdébil y pálida, distinguimos delante de nos- otros se estendia una vasta llanura de nieve. otros alguna cosa como una casa; nos aproxi- del medio de la que, formando un ángulo de mamos á ella, Jadin al trote de su mula y yo cuarenta y cinco grados próximamente, se elevaban el cono del Etna. Por bajo de nospuerta y nos hallamos en la Casa Inglesa, otros todo estaba en la oscuridad; solo al Oriente una ligera tinta de ópalo coloraba el cielo, sobre el que se destacaban vigorosa-

Cien pasos mas allá de la Casa Inglesa encontramos las primeras oleadas solidificadas medio con su color negro la nieve, del medio de la que salia como una isla sombria. Nos saltar de una en otra, como habia hecho yo en Chamouny sobre el Mar helado, con la dilos pies. Aquel trozo que duró un cuarto de do un bocado mientras el conduciria las mu- hora, fue uno de los mas penosos de todo el camino.

Llegamos en fin, al pie del cono, que aunque se elevaba mil trescientos pies por ennos hallábamos, nos pusimos á pasear preci- cima de la plataforma en que nos encontrápitadamente Jadin y yo. Dentro de la casa el bamos, estaba completamente sin nieve, ya termómetro señalaba seis grados bajo cero; porque la inclinación fuese demasiado rápida era una diferencia de cuarenta y un grados para que la nieve se detuviese alli, ya porque el fuego interior que oculta no deja á los copos permanecer sin deshelarse en la superfide paja y ramas secas, que sin duda debía- cie. Este cono es eternamente movible, cambia de forma á cada irrupcion nueva, ya huntro predecesor. En efecto, sucede algunas diéndose en el antiguo cráter, ya aparecien-

Comenzamos á trepar esta nueva montaña, precauciones que deben tomar, alquilan una compuesta toda de una tierra incoherente mula mas y al atravesar el bosque la cargan mezclada de piedras que se escurrian bajo de leña. Por poco anglomano que yo sea, es nuestros pies y rodaban por detrás de nosun consejo que daré à los que quieran hacer otros. Era tan rápida la pendiente en ciertos el mismo viage. Una mula cuesta un duro, y sitios, que de pie sin inclinarnos, tocábamos à buen seguro hubiera yo dado de buena ga- la rampa con la estremidad de los dedos; por otra parte, à medida que ascendiamos el aire se enrarecia y se hacia cada vez menos resrar tan poco nos dió ánimo. Nos aproximamos pirable. Recordaba todo lo que me había conà el como si hubiéramos querido devorarle, tado Balmat, respecto à su primera ascension estendiendo nuestros pies hasta en medio de al Monte Blanco y precisamente comenzaba á la llama; entonces, un poco desentumecidos, esperimentar los mismos efectos. Aunque esnos dispusimos á almorzar. Todo estaba hela- tábamos sobre poco mas ó menos á mil pies do, pan, pollos, vino y frutas; únicamente el sobre las nieves eternas, y aunque debíamos ron habia quedado intacto. Devoramos dos subir todavia una altura de ochocientos pies, pollos, como si hubiesen sido dos alondras; el saco que me cubria se me hacia insonordimos el tercero á nuestro guia, y guardamos table y conocia la imposibilidad de llevarle el cuarto para cuando tuviéramos gana. En mas tiempo; me pesaba como esas capas de cuanto á las frutas parecia que mascábamos plomo, bajo las cuales vió Dante, en la sesta hielo; por tanto, bebimos un poco de ron en reunion del infierno, encorvados los hipócrivez de postre y nos sentimos un poco con- tas. Le deje, pues, tendido en el camino, no teniendo ánimo para llevarle mas lejos y de-Eran las tres y media de la madrugada; jando à mi guia el cuidado de cogerle al panuestro guia nos recordó que teniamos que sar; bien pronto hice lo mismo con el baston seguir por espacio de tres cuartos de hora que llevaba en la mano y el sombrero que

llevaba en la cabeza. Aquellos dos objetos que l Por su parte veia á Jadin que se desembarazaba tambien de todo lo que su trage parecia comodidad por grande que fuese. ofrecerle de supérfluo y de cien en cien pasos se detenia para tomar aliento.

Estábamos á un tercio de la subida próxise ensanchaba bajo nuestros pies; pero cuanto mas avanzábamos mas se aumentaban las dificultades; à cada paso la pendiente se hacia mas rápida, la tierra mas deleznable y el aire estábamos sobre uno de los puntos mas altos. mas raro. Bien pronto á nuestra derecha comenzamos á oir mugidos subterráneos que incandescente, rojo y líquido, y cuando dá- dedor. bamos una patada en la tierra resonaba á lo humo nos hubiese asfixiado, tan cargado estaba de un espantoso olor à azúfre.

en camino, subiendo oblicuamente para marespirable, me hacia alentar como si la respiracion fuera à faltarme de repente. Quise tum-

vés de la gasa; esto me alivió.

Sin embargo, poquito á poco habíamos lle- yectaba sobre toda la Sicilia. gado á las tres cuartas partes de la subida, y Durante tres cuartos de hora el espectácuveiamos á algunos centenares de pasos solalo fué ganando en magnificencia. He visto samos.

Una vez llegados alli, y no teniendo va sucesivamente abandoné rodaron hasta la ba- necesidad de hacer esfuerzos violentos, cose del cono, y no se detuvieron hasta llegar menzamos á respirar con mas felicidad; por al mar de lava, tan rápida era la pendiente. otra parte, el espectáculo que teníamos á la vista era tan seductor, que disipó nuestra in-

Nos hallábamos en el cráter, es decir, al borde de un inmenso pozo de ocho millas de circunferencia, y novecientos pies de profundidad: mamente, habíamos empleado como media las paredes de aquella escavacion estaban de hora para subir cuatrocientos pasos; el Orien- alto abajo cubiertas de materias resquebrajadas te se iluminaba cada vez mas; el temor de no de alumbre y azufre; en el fondo, á lo que se llegar á lo alto del cono á tiempo para ver la podia ver desde la distancia á que nos enconsalida del sol, nos dió ánimo y volvimos trábamos, habia una materia algo en ebullicion. à partir con nuevo impulso sin detenernos à y de aquel abismo subia un humo ténue y en mirar el horizonte inmenso que à cada paso espiral, semejante á una serpiente gigantesca que se sostaviese derecha sobre la cola. Los bordes del cráter estaban recostados irregularmente, y mas o menos elevados. Nosotros

Nuestro guia nos dejó un instante gozar de aquel espectáculo, agarrándonos, sin embargo, llamaron nuestra atencion; nuestro guia mar- alguna vez por nuestros vestidos, cuando nos chó delante de nosotros y nos llevó á una aproximábamos demasiado al borde, porque hendidura de la que salia con gran estrépito y la tierra era tan resbaladiza, que podia faltarlanzada por una corriente de aire interior, una bajo los pies, y se reproduciria la chanzoneta columna de humo espeso. Aproximándonos á de Empedocles; despues nos aconsejó separarlos bordes de aquella grieta vejamos á una pro- nos veinte pies del cráter, para evitar todo fundidad que no podíamos medir, un fondo accidente, y para que mirásemos á nuestro re-

El Oriente, cuyo color de ópalo que habíaleios como un tambor. Felizmente la tierra mos observado al salir de la Casa Inglesa, se estaba perfectamente tranquila, que si el habia cambiado en un rosa bajo, estaba en viento hubiese arrojado hácia nosotros aquel aquel momento todo inundado de los rayos del sol, del que se empezaba á descubrir el disco detrás de las montañas de la Calabria. Despues de un alto de algunos minutos al Sobre los flancos de las montañas de un azul borde de aquel horno, nos volvimos á poner oscuro y uniforme, se destacaban, como pequenos puntos blancos, las aldeas y las ciudades. yor facilidad; empezaba á tener zumbido de El estrecho de Messina parecia simplemente oidos, como si la sangre fuera à salirme por un rio, mientras que à derecha è izquierda se las orejas, y el aire, que era cada vez menos veia el mar como un espejo inmenso. A la izquierda este espejo estaba manchado con muchos puntos negros: estos puntos negros eran barme para descansar un poco, pero la tierra las islas del archipiélago Lipariote. De cuando exalaba tal olor à azufre, que me fué preciso en cuando una de aquellas islas brillaba como renunciar á ello. Tuve entonces la idea de po- un faro intermitente; era Stromboli que arronerme la corbata por la boca, y respirar á tra- jaba llamas. Al Occidente todo estaba todavía en la oscuridad. La sombra del Etna se pro-

mente por encima de nuestras cabezas la cima lir el sol desde el Righi y desde el Faulhorn, de la montaña. Hicimos un último esfuerzo, y esos dos titanes de la Suiza: nada es compamedio de pie, medio á gatas nos pusimos á rable á lo que se ve desde lo alto del Etna. La trepar aquel corto espacio, no atreviendonos Calabria, desde el Pizzo hasta el cabo delle à mirar abajo por miedo de que se nos fuese Armi, el estrecho desde Seyla hasta Reggio, el la cabeza, tan rápida era la pendiente. En fin, mar Tirreno y el mar de Jonia; á la izquierda, Jadin, que estaba algunos pasos mas arriba las islas Eolias, que parece que se tocan con que vo, dió un grito de triunfo; habia llegado, la mano; á la derecha, Malta que flota en el y se hallaba en el crater; algunos segundos horizonte como un ligero nublado; alrededor despues, estaba yo junto á él. Nos encontrá- la Sicilia entera, á vista de pájaro, con su cosbamos, literalmente hablando, entre dos abis- ta dentada por cabos, promontorios, puertos, crestas y radas; sus quince ciudades, sus tresy los del alma. Y á mas he visto á Dios tan general de los ejércitos británicos. cerca de mi, y por consecuencia tan grande.

Permanecimos asi una hora, dominando lio, de Ovidio y de Teócrito, sin que nos ocurriese à Jadin ni à mi coger un lapiz, tanto nos ultima ojeada sobre aquel horizonte de tresuna vez en su vida, y comenzamos à bajar.

del cono, la dificultad de bajar no podia compararse á la de la subida. En diez minutos estuvimos sobre la isla de lava, y un cuarto de

hora despues en la Casa Inglesa.

El frio, siempre intenso, habia dejado de ser penoso; entramos en la Casa Inglesa, para ascension una porcion de modificaciones.

cia veinte años apenas que ya habia calculado qué inapreciable ventaja no seria para los de hacer esperimentos meteorológicos, una gas de la subida, y librarse del frio eterno que hace aquella region inhabitable. Por tanto, cien veces se habia dirigido á sus conciudadanos, ya de viva voz, ya por escrito, á fin de obtener de ellos para aquel objeto una suscricion voluntaria: pero todas sus tentativas habian sido sin resultado.

Hácia aquella época, Mr. Sellemaro tuvo una pequeña herencia; entonces no recurrió á nadie, y edificó con sus propios medios una casa que abrió gratis à los viageros. Esta casa está situada, segun su propio cálculo, confirmado por el de su hermano, á 9,219 pies sobre el nivel del mar. Un viagero reconocido latinas:

Casa hoe quantule Etnam perlustrantibus gratissima.

Y la casa fué llamada desde entonces la Gratissima.

cientas aldeas; sus montañas que parecen co-, Pero edificada la Gratissima, Mr. Sellemalinas; sus valles, que se creerian caminos ro no habia hecho sino lo que sus medios indicarreteros; sus rios, que parecian hilos de viduales le permitian hacer; es decir, habia ofreplata, como los que durante el otoño descien- cido un abrigo al sabio. Esto no era bastante den del cielo sobre la verba de los prados: en para él; quiso dar medios de estudio á la cienfin, el crater inmenso, mugiente, lleno de cia reuniendo en la casa todos los instrumenfuego y de humo: sobre su cabeza el cielo; tos necesarios para las observaciones meteobajo sus pies el infierno; tal espectáculo nos rológicas que los viageros de todas las partes hizo olvidar de todo, cansancio, peligro, su- del mundo iban diariamente á hacer alli. Era frimiento. Admiraba yo con todo mi ser, sin la época en que los ingleses ocupaban la Sicilimites, de buena fé, con los ojos del cuerpo lia. Mr. Sellemaro se dirigió á lord Torbes,

Lord Torbes no solo adoptó el proyecto de Mr. Sellemaro, sino que él mismo resolviótodo el antiguo mundo de Homero, de Virgi- darle mas grande desarrollo. Abrió una suscricion á cuya cabeza se inscribió por 74,000 francos. La suscricion, patrocinada de este moparecia aquel cuadro penetrar en nuestro co- do, llevó bien pronto la suma necesaria, y lord razon, y quedar grabado sin el auxilio de la Torbes, cerca de la casita de Mr Sellemaro, que escritura ó del dibujo. Despues echamos la hacia siete años que, como hemos dicho, se llamaba la Gratissima, hizo construir un edificio cientas leguas, que no abraza uno mas que compuesto de tres habitaciones, de dos gabinetes, y una cuadra para diez y seis caballos. A parte del peligro de rodar desde lo alto Esta casa, que era un palacio en comparacion de su miserable vecina, se llamó del nombre de sus fundadores

Casa inglesa o Casa degli inglesi.

Mientras se edificó esta nueva casa, Mr. Searreglarnos un poco, porque, como hemos di- llemaro que, gracias á los obreros, podia hacho, nuestro trage habia sufrido durante la cer venir todos los dias de Nicolosi las cosas que necesitaba, permanecia en la antigua, ocu-La Casa Inglesa, que la ingratitud de los pado en hacer observaciones termométricas viageros concluirá por reducir al estado de la tres veces por dia. Segun estas observaciones, casa della Neve, es tambien un don precioso, la temperatura media en el mes de julio, fué; aunque indirecto, de la filantropia científica de por la mañana de + 3,37; al medio dia + 7; nuestro escelente huésped. Mr. Sellemaro. Ha- por la noche + 3; término medio, + 4,9; y en el mes de agosto, por la mañana + 2,7; al medio dia + 8,2, y por la noche + 3,4; térviageros que ascienden al Etna con el objeto mino medio, + 4,7; el mas grande calor subió á - 0,9. Estos esperimentos, como hemos dicasa en la que pudiesen descansar de las fati- cho, se hacian á nueve mil doscientos diez y nueve pies sobre el nivel del mar,

Hov la Gratissima está convertida en ruinas, y la Casa Inglesa, destruida cada dia mas por los viageros que pasan por alli, amenaza no ofrecerles muy pronto otro abrigo que sus

cuatro paredes. Despues de otro alto de un cuarto de hora, en cuyo tiempo despachamos nuestros pollos y el resto del pan, salimos de la Casa Inglesa, v nos hallamos sobre la plataforma, que sin duda por antifrasis, se llama el llano del Trigo. Estaba enteramente cubierto de nieve, à pesar de hallarnos en la estacion mas calorosa del año. Un rastro visiblemente trazado, indiescribio encima de la puerta estas palabras caba el camino seguido por los viageros. Nos separamos à la izquierda para ir à ver el valle del Bue. A cada paso que dábamos sobre aquella nieve intacta, nos hundiamos casi seis pulgadas.

El valle del Bue seria en la Opera una magnifica decoracion para el infierno de la Tenta-

rible que las otras; la region del fuego.

En el fondo del valle del Bue se ven, à tres ó cuatro mil pies de profundidad, dos volcanes apagados que abren sus bocas paralelas. Se diria que eran dos madrigueras de topo. Son dos montañas de mil quinientos pies cada una.

Fueron necesarias todas las instancias de gen los aldeanos y se trabaja en Catania. nuestro guia para separarnos de aquel espectáculo. Nada podia hacernos recordar que teniamos que andar treinta millas para volver à aquellas diez leguas de que nos hablaba nuestro guia?

dejado con un gran sentimiento de amistad, y le volviamos à ver con un sentimiento de reconocimiento.

Y he ahi, sin embargo, uno de esos hombres que los gobiernos olvidan, à quienes ni aquel bueno y querido Mr. Sellemaro no pasa por eso gran cuidado.

Estábamos de vuelta en Catania á las once de la noche, y á la mañana siguiente á las cinco de la madrugada nos dimos á la vela.

SIRACUSA.

flernos. En cuanto á Milord, que desde la aven- en su cima tenia una cruz, nos recordó el tura del gato del óptico estaba, en lo posible, naufragio de algunos buques. Por fin vimos sujeto à bordo bajo la vigilancia de sus dos aparecer un lienzo de las murallas de Siracusa, amigos Giovanni y Pietro, estaba en el colmo y entramos en su puerto al ruido que hacian de la dicha.

cion ó del Diablo enamorado. No he visto ja-, El tiempo era magnifico. Desde la tempesmás nada mas triste ni mas asolado que aquel tad, no habiamos visto una nube en el cielo: gigantesco precipicio con sus cascadas de lava el viento era de la Calabria, y nos empujaba negra, coaguladas en medio de su caida sobre como con la mano. La costa que bordeábamos aquel suelo incandescente. Ni un árbol, ni una estaba llena de recuerdos. A una legua de Caverba, ni un musgo, ni un ser animado. Ca- tania algunas piedras esparcidas indicaban el rencia completa de ruido, de movimiento y de sitio en que estaba situada la antigua Hibla: despues de Hibla está el Simete, que ha cam-A las tres regiones que dividen el Etna se biado su antiguo nombre clásico por el de podria ciertamente anadir una cuarta mas ter- Giaretta. En otro tiempo, al decir de los antiguos, el Simete era navegable; hoy no admite la mas pequeña lancha. En cambio sus aguas, que reciben los aceites sulfurosos, los desprendimientos de la nafta y del petroleo del Etna, tienen la facultad de condensar ese betun liquido, y enriquecer de este modo su embocadura con ese ámbar amarillo que reco-

Se encuentra en seguida el lago de Pergus. sobre el cual, segun Ovidio, no se ven deslizarse menos cisnes que sobre el de Caistro: Catania. Por otra parte, Catania estaba alli, á lago tranquilo, trasparente y reducido, que nuestros pies; no teniamos mas que estender está velado por un pabellon de bosques, y que la mano y casi la tocabamos. ¿Como creer en refleja en sus ondas las flores de su eterna primavera. Por aquellas orillas era por donde corria Proserpina con sus compañeras, llenan-Volvimos á subir en nuestras mulas y par- do su seno y su canastillo de lirios, claveles timos. Cuatro horas despues estábamos de y violetas, cuando fué encontrada, amada y vuelta en casa de Mr. Sellemaro. Le habiamos arrebatada por Pluton, y donde la casta é inocente jóven, desgarrando su túnica en el esceso de su dolor, derramó lágrimas en tanta abundancia por sus flores perdidas como por su virginidad amenazada.

Despues del lago están los campos de los un recuerdo se les concede, ni un favor o re- lestrigones; Lentini, que ha sucedido á la ancompensa. Mr. Sellemaro no es ni aun corres- tigua Leontina, cuvos habitantes conservaban ponsal del Instituto. Es verdad que felizmente la piel del leon de Nemea, que Hércules les dió por armas cuando fundó su ciudad; Augusta, edificada sobre las ruinas de la antigua Megara, Augusta, de sangrienta é infame memoria, que pasó á cuchillo en su puerto trescientos soldados ciegos que volvian de Egipto en 1799. Y por último, despues de Megara se encuentra Tapsa, que está reclinada orilla de las olas.

> Pantagice Megarosque sinus, Thapsumque jacentem.

Siguiendo nuestro viage, observamos el cambio de aspecto de la costa. En lugar de Nuestra vuelta causó gran alegría á toda esos campos fértiles y muellemente inclinados la tripulacion. Si se esceptua la coz que habia que aproximándose al mar se cubren de los yo recibido de mi mula, lo que, á decir ver- cañaverales de donde Polifemo se surtia de dad, me causaba un dolor bastante vivo, el flautas, y que abrigaban los amores de Acis y viage habia terminado sin accidente. Todos los Galatea, se veian trechos de costa erizados de marineros nos besaron las manos como si, á peñas, de donde volaban millares de palomas. la manera que Eneas, volviesemos de los in- A eso de las cuatro de la tarde, un escollo que ejercitándose, una escuela de tambores. Era el

de Archias el Corintio.

Salida de la isla de Ortigia para edificar soarruinarse una despues de otra sus cuatro hi-

mil habitantes, tantos como contiene la ciu- abiertos à todos los navios del mundo. Trogidad moderna, y ciento ochenta estadios de le que dominaba las murallas de Acradina, y daba á Acre, Casmena, Camerina y Etna.

que la hallase de su antigua prosperidad, he lacios y Dionisio enlosar de mármol; y por

aqui lo que era aun Siracusa. tierra, sea por mar: sus puertos, encerrados, por tirano, y á Timoleon por libertador. por decirlo asi, en el recinto de sus murallas, tienen muchas entradas; pero están próla isla está el palacio de Acron, donde se alojan los pretores; alli tambien se clevan, entre mada Aretusa, de un grandor sorprendente, aguas del mar, sin un dique que lo impidiera. La segunda ciudad es Acradina, donde se encuentra una gran plaza pública, bellos póredificio muy grande que sirve de lugar de me pareció descolorido cuando le conoci. reunion para tratar de los negocios públicos y muchos templos. Este barrio de Siracusa está siempre. muy poblado. En fin, la cuarta ciudad se llamó Neapolis. En lo alto de esta ciudad hay

habian creado las guerras de Atenas, de Car- por su acento, su imaginacion y sus modales tago y de Roma, tal como la habian dejado a mi bueno y querido amigo Mery, a quien las depredaciones de Verres. Pero la antigua jamás él habia visto, y á quien no conocia Siracusa, la Siracusa de Hieron y de Dionisio, sino de nombre, no podia, como se ve, tener la verdadera Pentápolis en fin, era mucho mala eleccion. mas bella, mucho mas rica, mucho mas es-

estatua de Apolo que es colosal y muy bella.»

primer desencanto que nos preparaba la hija | pléndida. Tenia ocho leguas de circunferencia, un millon doscientos mil habitantes, cuva escesiva riqueza habia llegado á ser probre el continente Acradina, Tiche, Neapolis y verbial, hasta el punto de que se decia al Olimpicum, Siracusa, despues de haber visto hombre que se vanagloriaba de su fortuna: todo eso no vale la décima parte de lo que jas, ha vuelto à entrar en su cuna primitiva. posee un siracusano. Tenia un ejército de Hoy es una ciudad de una media legua de cir- cien mil hombres y diez mil caballos districunferencia, que tiene ciento diez y seis mil buido detrás de sus murallas: poseia quinienalmas, y que está rodeada de murallas, de tos buques que surcaban el Mediterráneo, desbastiones y de cortinas edificadas por Cárlos V. de el estrecho de Cádiz hasta Tiro, y desde En tiempo de Estrabon tenia ciento veinte Cartago á Marsella. Tenia en fin, tres puertos circunferencia. Luego como su poblacion se que costeaba la antigua via que conducia de aumentaba de dia en dia, y sus murallas y Ortigia à Catania; el gran puerto, el Sicanium sus cinco ciudades no podian contenerla, fun- sinus de Virgilio que contenia ciento veinte buques; el pequeño puerto, portus marmo-En tiempo de Ciceron, y por mas decaida reus, que Hieron habia hecho rodear de paúltimo, para que Siracusa no debiese envidiar «Siracusa, dice Ciceron, está edificada en nada á las otras ciudades, tuvo por rival á una situacion à la vez fuerte y bonita. Se lle- Atenas, à Cartago por aliada, à Roma por enega à ella fácilmente por todos lados, sea por miga, á Arquímedes por defensor, á Dionisio

A las seis saltamos á tierra en Ortigia. Se nos hizo pasar por una porcion de formaliximas las unas à las otras. La parte separa- dades en la puerta, lo cual nos hizo perder da por esta union forma una isla; esta isla es- una media hora, de modo, que una vez dentá encerrada en aquella ciudad tan vasta, que tro de Siracusa, no tuvimos mas tiempo que se puede decir realmente que encierra un to- para buscar una fonda en donde comer y do compuesto de cuatro grandes ciudades. En acostarnos, dejando nuestras visitas para el dia siguiente por la mañana.

Tenia vo una carta para un jóven, de otros templos, los de Diana y de Minerva: es- quien un amigo de sociedad, que me le recotos son los mas notables. A la estremidad de mendó, me habia prometido maravillas. Era esta isla hay una fuente de agua dulce, lla- el conde de Gargallo, hijo del marqués de Gargallo, á quien debe Nápoles la mejor trarica de peces, y que seria invadida por las duccion de Horacio que existe en Italia. Segun se me habia dicho, era el conde espiritual como un francés moderno y hospitalario como un antiguo siracusano. El elogio me había paticos, un pritaneo muy rico de adornos, un recido exagerado mientras no veia al conde;

A las ocho de la mañana, me presenté en un magnifico templo consagrado á Júpiter casa del conde de Gargallo. Estaba todavía en Olimpico. La tercera es Tiche. Ha recibido es- la cama. Le entregaron mi carta y mi tarjete nombre de su templo de la Fortuna que ta. Saltó del lecho, corrió à mí y me tendió existia alli en otro tiempo; contiene un lugar la mano con tal cordialidad, que desde aquel muy vasto para los ejercicios del cuerpo, y momento conoci que éramos amigos para

El conde de Gargallo no había hasta entonces ido á París, y sin embargo, hablaba un gran teatro; ademas, posee dos bellos francés como si hubiese sido educado en Tutemplos, el templo de Céres y el templo de rena, y conocia nuestra literatura como hom-Proserpina; hay alli de notable ademas una bre que ha hecho un estudio de ella particular. A las primeras palabras que pronunció, He ahi la Siracusa de Ciceron tal como la al primer gesto que hizo, me recordó mucho

El conde puso á nuestra disposicion su